CATEQUISTAS

FORMACIÓN INICIAL

2

INICIARSE EN EL MINISTERIO DE LA CATEQUESIS











Preser	ntación de los subsidios	3
Iniciar	rse en el ministerio de la catequesis	5
Siglas	y abreviaturas	6
MÓD	ULO 1. ¡Soy catequista! Ser del catequista	
1.	Identidad del catequista	9
2.	El catequista, persona en relación	21
3.	El catequista, discípulo misionero	27
4.	El catequista, persona de comunión	37
5.	El catequista, persona llamada a vivir en santidad	49
MÓD	ULO 2. CONOZCO LA CATEQUESIS. SABER DEL CATEQUISTA	
1.	La catequesis en el proceso evangelizador	63
2.	Identidad, finalidad y tareas de la catequesis	75
3.	Fuentes de la catequesis	89
4.	Una mirada a los documentos catequísticos	103
5.	Introducción a la Sagrada Escritura	115
6.	Etapas evolutivas de la persona	127

MÓDULO 3. ¡Manos a la obra! Saber hacer del catequista

1.	La Pedagogía en la catequesis	139
2.	El método en la catequesis	151
3.	La Didáctica en la catequesis	161
4.	El acto catequístico	177
5.	El catequista, animador del grupo de catequesis	195
6.	Interlocutores de la catequesis: los niños	209
	LO 4. ¡A PONERLE RITMO! TALLERES Los recursos didácticos en la catequesis	233
2.	La narración en la catequesis	243
3.	Las dinámicas, el juego y el canto en la catequesis	259
4.	La sesión de catequesis: planeación y práctica	275
	Bibliografía	285

módulo



¡Soy catequista! Ser del catequista

contenido

- 1 Identidad del catequista
- 2 El catequista, persona en relación
- 3 El catequista, discípulo misionero
- 🔼 El catequista, persona de comunión
- 5 El catequista, persona llamada a vivir en santidad

IDENTIDAD DEL **CATEQUISTA**

Objetivo: Profundizar en los rasgos que definen la identidad del categuista, para que cada uno viva y realice su misión con mayor alegría.



Ser categuista

- ▶ Antes de iniciar la sesión, cada participante se cuestiona:
 - Si me preguntan "; Como categuista, quién eres tú?", ; qué respondería?
- Divídanse en equipos. A cada uno el formador les asignará una actividad:

Equipo 1

• Escriban cómo definirían a un catequista.

Equipo 2

• Dibujen cuál sería el mejor rostro de un catequista.

Equipo 3

• Escriban algunas razones para ser catequista.

Equipo 4

- Respondan las siguientes preguntas:
 - ¿Qué dicen las personas de un catequista?
 - ¿Qué distingue específicamente a un catequista de otros agentes de pastoral?
 - -;Cómo vive el categuista en una comunidad?
- ► El formador entregue un papel bond y tres marcadores por equipo.
- ▶ Deben plasmar sus respuestas de manera creativa.
- ▶ En plenario, cada equipo comparta sus respuestas. Los demás categuistas aportan algún comentario según crean conveniente.

La categuesis lleva siempre el sello del categuista que la hace. Sus cualidades o defectos vienen de la persona que realiza esta delicada tarea en la comunidad. Por eso decimos que la catequesis es imagen del catequista pues de la mente, del espíritu y del corazón del categuista va brotando la vida y experiencia de Dios que él comparte con sus interlocutores.



La persona del catequista es fundamental para la realización de la catequesis. Su capacidad para comunicar al Dios de la vida brota de su obediencia al Espíritu. Servir es la gracia más grande que puede tener un catequista. Ser servidor es un don, pero también una conquista. Por eso podemos afirmar que el catequista no nace, sino que se hace.



pense <mark>mos</mark>

podemos afirmar que el catequista es distinto del misionero *ad gentes*, del animador, del dirigente o del profesor de teología. Él, dentro del proceso evangelizador, tiene una función que por sí misma es propia de su acción, es decir, la educación básica de la fe.

El ministerio catequético tiene, en el conjunto de los ministerios y servicios eclesiales, un carácter propio, que deriva de la especificidad de la acción catequética dentro del proceso de la evangelización. La tarea del catequista, como educador de la fe, difiere de la otros agentes de la pastoral (litúrgica, caritativa, social...), aunque obviamente ha de actuar en coordinación con ellos. (DGC n. 219c)

Comencemos aclarando cuál es la esencia del catequista, para luego definir los rasgos que lo configuran como tal.

Quién es un catequista

El catequista es un bautizado que, en fidelidad a su vocación:

- Busca continuamente la madurez humana y cristiana.
- Es consciente de haber sido llamado por la gracia del Padre al seguimiento de Jesús en el discipulado, junto a otros hermanos, en la comunidad de la Iglesia.
- Se sabe enriquecido por el Espíritu para una misión específica: ser servidor de la Palabra, al servicio del Reino y para la vida del mundo.

De manera sencilla podemos decir que el catequista es un hombre o mujer de fe.



Quien es invitado por la Iglesia a tomar la responsabilidad de anunciar la fe a las nuevas generaciones la fe, tiene que tener una solidez humana y una firmeza de fe.



Nuestra identidad de catequistas radica en nuestra vocación, en esa llamada cercana, suave y persistente de Dios que todos hemos sentido en algún momento de la vida. Por tanto, el categuista es:

- Un creyente. La misión del catequista es ayudar a otros a madurar en su fe. Esto será casi imposible si no lo hacemos desde la propia madurez cristiana. Por su propia condición de creyente, el catequista recorre su camino guiado por Jesús de Nazaret, intenta seguir sus huellas como los primeros discípulos; por eso va en compañía de otros, que también siguen a Jesús y procuran vivir la fraternidad humana. Caminar por la vida en la fe no es fácil; a veces hay que superar obstáculos, nadar contra corriente y estar dispuesto a sufrir, a entregarse uno mismo aunque duela. Sin embargo, el catequista no se deja vencer por desánimos, sigue confiando, creyendo en que la utopía del Reino es posible.
- **Una persona con experiencia de Dios**. El catequista hace experiencia de Dios al dejarse interpelar por la Palabra, leyendo los acontecimientos de la vida, siendo servidor del grupo en la tarea de animación y acompañamiento en el camino de la fe de sus interlocutores a la que se siente enviado.
- Un testigo de Jesucristo en el mundo de hoy. En su misión comunica el mensaje y la vida de Jesús no sólo con sus palabras sino, sobre todo, con sus gestos, sus acciones y, en definitiva, con su vida. Por tanto ha de ser un signo en la comunidad, viviendo plenamente el mensaje que anuncia y sin limitarse a trasmitir lo que sabe, sino comunicando aquello que ha visto y oído.
- Un aliado del Espíritu. El catequista debe saber, por propia experiencia, que su aliado principal no es otro sino el Espíritu Santo. Sabe que sólo en él y con él es capaz de proclamar la Palabra que suscita la conversión. Sólo apoyándose en él sabrá cuándo hablar y cuándo callar.
- **Un servidor de la Palabra**. Los catequistas conocen a Dios porque tienen un trato frecuente con Él: lo encuentran en la Sagrada Escritura, lo buscan en la oración y le hablan a diario, cara a cara como un hombre platica con su amigo (cf. Ex 33,11) Sólo de esta manera puede ser heraldo de la Palabra.
- Un profeta. En el Antiguo Testamentos los profetas anunciaban la verdad de la salvación, la promesa de un salvador y denunciaban eficazmente el pecado y la mentira, aun sabiendo que la verdad tenía como precio la muerte y el destierro: su fuente de fortaleza era la revelación misma del Dios altísimo. El profeta de ayer y el catequista de hoy son amigos de la verdad, apóstoles de esperanza y defensores de los derechos de los hombres y mujeres con quienes se encuentran a diario. A veces su tarea es complicada, pero su mayor fuerza está en servir de puente entre Dios y el pueblo, no por gusto sino por vocación.
- Un educador y acompañante en el camino de fe de sus interlocutores. En virtud de su misión, el catequista debe educar con el testimonio. Con su presencia transmite su amistad y cercanía tenida con Jesucristo que se expresa en la acogida, bondad, confianza, perseverancia, creatividad en la catequesis y con sus

interlocutores. Acompañar es quizá la tarea más importante para un catequista, la que marca su estilo de vida y de acción. Supone conocer cómo son las personas con las que se va haciendo camino, cuáles son sus necesidades y exigencias, sus esperanzas e ideales. Aun así, el catequista sabe que quien verdaderamente acompaña y da solidez es el mismo Jesucristo. El catequista también, hace camino con otros cristianos para crecer juntos en la fe y crecer en ella, es decir, se deja acompañar por la misma comunidad cristiana, por el equipo de catequistas, por los pastores de la Iglesia y por sus mismos interlocutores.

- Un enviado a anunciar el Evangelio. Ser catequista es responder al llamado que Dios hace para cooperar en el proyecto de salvación que el Padre tiene sobre la humanidad: "Dios quiere que todos los hombres se salven y lleguen al conocimiento de la verdad" (1Tim 2,4). Jesús escogió a los que quiso y los envió a predicar (cf. Mc 3,13-15); les encomendó la tarea de anunciar el Evangelio por todo el mundo: "Vayan y hagan discípulos a todos los pueblos y bautícenlos para consagrarlos al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo" (Mt 28,19). El catequista ha de ejercer este mandato misionero según el modelo que le ofrece Jesús Maestro.
 - En medio de todas las novedades que surjan, de toda la creatividad que le pueda poner al anuncio, el catequista tiene que tener muy claro que el único protagonista es Jesús y su mensaje. No tratará de quedarse con la gente o de ser la estrella en turno, ni arrastrará al grupo a seguir su opción personal, ni mucho menos intentará moldear al grupo a su imagen y semejanza.
- Alguien comprometido con la comunidad cristiana. La misión del catequista tiene una dimensión comunitaria, pues si no existiera la comunidad no se podría realizar como tal. Los catequistas deben salir al encuentro de los demás siguiendo el ejemplo del Maestro, que pasó por el mundo haciendo el bien (cf. Hch 10,38). Es importante que el catequista conozca, ame a su comunidad y se comprometa con ella.

Identidad específica del catequista

n la misión del catequista hay algunas notas distintivas que son propias de su tarea. Es importante tener claro qué lo distingue de los demás agentes de pastoral.

La identidad de un catequista en realidad está integrada al menos por cuatro niveles distintos: la identidad cristiana, la identidad personal, la identidad cultural y la identidad específicamente catequística. Estos cuatro niveles están unidos y en mutua conexión.

Identidad cristiana

a identidad cristiana, que trasciende la dimensión humana de la persona, antecede a la identidad catequística. Alguien puede ser catequista porque es cristiano, y es cristiano porque se sabe redimido por el amor salvífico de Dios, revelado en Jesucristo y vivido en comunidad.



• Un catequista es alguien que ama a Dios y se siente amado por Él. Un catequista no se mantiene en pie si no reconoce cuánto le ama Dios, cuánto le perdona, cuánto le sostiene a pesar de las muchas dificultades de la vida. Él mismo, en primera persona, ha experimentado la misericordia y el perdón del Dios que lo llamó a anunciar el Evangelio, por eso ama su misión y la realiza con entrega y generosidad. Es necesario que el catequista reconozca el llamado permanente a una mayor y más profunda amistad con Dios y revise este aspecto, aunque parezca obvio, porque muchos catequistas no tienen la experiencia de sentirse amados por Dios y esto es una dificultad para el desempeño de la misión.

El catequista parte siempre de su experiencia, narra su vivencia de amor recibido de Dios y se vuelca para amar al hermano, pues no es posible recibir el amor de Dios, experimentarlo en profundidad y quedarse de brazos cruzados. El amor de Dios no es sólo un manantial de vida, es un torrente arrollador que inunda la vida entera y se desborda en amor desinteresado, generoso y total por los hermanos.

• Un catequista es alguien que ama a su prójimo. La primera respuesta al amor de Dios es crecer siempre más en el amor hacia los hermanos. Hay catequistas que hacen de su tarea un refugio para escapar de los demás y no quieren comprometerse en el diálogo con los otros, no soportan a sus hermanos catequistas o no toleran que alguien discuta sus ideas, porque no saben trabajar comunitariamente. Todo catequista tiene que recordar, día a día, que quien odia a su hermano habita en la oscuridad (cf. 1 Jn 2,11) y que el amor al prójimo debe ser el único precepto (cf. Gál 5,14). Un catequista vive el mandamiento nuevo expresándolo en actitudes humanas, como la amabilidad, el respeto la honestidad, el diálogo, el servicio generoso, el perdón, la paciencia, la unidad, etc.

No se trata de que cada quien realice la catequesis alejándose de los demás agentes que actúan en la comunidad. La santidad a la que está llamado el catequista es siempre una santidad comunitaria y social, vivida en la unión y en el compromiso por un mundo más justo y solidario. Hoy, ya no podemos sostener una fe carente de compromisos sociales estables y solidarios (cf. NM 30), por eso la espiritualidad del catequista ha de ser siempre una espiritualidad de comunión (cf. NM 43).

La vida del catequista es un camino personal que se cruza misteriosamente con el de sus hermanos, pero también con el camino del Señor.

La identidad personal

Además de su identidad cristiana, cada catequista tiene una identidad personal. Nuestro valor como persona radica en el hecho de que fuimos creados a imagen y semejanza de Dios (cf. Gn 1,27). Dios nos ha creado únicos e irrepetibles, tenemos un nombre propio y Dios nos conoce, nos ama y nos llama con ese nombre.

El catequista impregna y desarrolla un modo propio de hacer catequesis de acuerdo a su personalidad, y en el ejercicio de su misión expresa lo mejor de su forma de ser, de su estilo, de sus capacidades y carismas.



Si un catequista cambiara su personalidad, presentándose como no es en realidad, privaría a la comunidad y a sus interlocutores de una riqueza que sólo él puede ofrecer. El llamado a ser catequista no anula la originalidad de la persona, más bien la promueve, porque esa diversidad, vivida en el amor, enriquece a la comunidad.

La persona es fiel al proyecto de Dios cuando es fiel a su propia y original identidad. Por eso existen una gran variedad de catequistas: cada uno es cristiano y es catequista de forma "original". Cuando se entrega a la misión y se integra en una comunidad, no es necesario que se copie exactamente el estilo, los gustos, las técnicas y formas de expresarse de los demás catequistas. La identidad personal se conoce más profundamente a la luz de Dios, que es quien mejor nos conoce.

Para vivir plenamente este aspecto de nuestro ser catequista, es necesario conocerse, reconocer los talentos y ofrecer a Dios y a los otros los dones poseídos.

La identidad cultural

I catequista debe tomar muy en cuenta que cada persona está marcada por la cultura de la época y del lugar donde vive. Así valorará el estilo y las características propias de sus interlocutores y del contexto en que Dios lo ha puesto para vivir y hacer su misión. Esto le permitirá sanar, purificar y elevar los valores y las inquietudes legítimas de aquellos con quienes vive y convive.

Al asumir Jesucristo la condición humana, no solo le dio un nuevo sentido a la historia de los hombres, sino que sembró en ella, mediante la resurrección y la acción vivificante del Espíritu Santo, el germen de la esperanza, de la felicidad y de la inmortalidad. El testimonio de su vida nos obliga a leer los acontecimientos, por más dolorosos que sean, como signos de los tiempos, es decir como hechos significativos y esperanzadores que nos interpelan para vencer el mal con el bien.

"La evangelización pierde mucho de su fuerza y de su eficacia, si no toma en consideración al pueblo concreto al que se dirige, si no utiliza su lengua, sus signos y símbolos, si no responde a las cuestiones que plantea, no llega a su vida concreta" (EN 63). Esto implica encarnarse en las aspiraciones, las riquezas, los límites, las maneras de orar, de amar, de considerar la vida que distinguen a tal o cual conjunto humano. Sólo así se puede transmitir el Evangelio de manera creíble y fructífera para comprender, apreciar, promover y evangelizar el ambiente donde se actúa (cf. RM 53). La catequesis parte de una experiencia de vida y por eso no puede divorciarse del propio contexto vital.

Identidad catequística

ay algunos elementos que distinguen a un catequista de cualquier otro bautizado, y que deben surgir de su misión. No se trata de pensarlo separadamente de los otros cristianos o de menospreciar la tarea que realizan en la comunidad eclesial, más bien queremos que el catequista mismo sepa quién es, e imprima en su misión lo que le es peculiar para realizar su servicio con una mayor calidad.



Veamos ahora tres acentos que caracterizan al ministerio catequístico de entre los demás ministerios eclesiales.

- 1. Dedicación y amor a la Palabra. Todos los cristianos están llamados a conocer y amar la Palabra de Dios, meditarla, dejar que ilumine su vida y comunicarla a los demás, pero el catequista tiene un llamado especial: todos los días debe dedicar suficiente tiempo a la escucha y meditación de la Palabra, permitiendo que su vida y sus acciones estén dirigidas por ella, pues lo que debe comunicar en la categuesis es la Buena Nueva y no cualquier tipo de enseñanza.
 - El apostolado del catequista difícilmente será eficaz si no está apoyada en una vida de continuo trato con el Señor, a través de su Palabra.
- 2. Marcada identificación con el mensaje que transmite. El catequista no es un educador más, sino que está fuertemente vinculado, convencido y, más aún, impregnado del mensaje de la Buena Nueva. Se define como un auténtico discípulo de Jesucristo y entusiasta del anuncio y crecimiento del Reino de Dios, que ama profundamente a los interlocutores, sabe lo que debe transmitir y lo vive intensamente. Si su acción catequística verdaderamente se encarna, entonces su propia identidad se verá transformada por los interlocutores. Por ejemplo, el catequista que acompaña a los que recibirán a Jesús en el sacramento de la Eucaristía debería convertirse en un ser profundamente eucarístico. Su preocupación primordial será, pues, la de adecuar su vida a aquello que él enseña: oración, meditación de la Palabra de Dios, fidelidad en el propio cumplimiento del deber, caridad para con los hermanos necesitados, esperanza de los bienes eternos, etc.
- 3. Entusiasmo por la comunión fraterna. El catequista está llamado a promover la comunión, sobre todo porque el ministerio catequístico no es una posesión particular, sino que se le da en cuanto miembro de una comunidad que discierne, planifica, trabaja y evalúa, crece y se santifica comunitariamente. La catequesis procura que el interlocutor crezca en sentido comunitario, se integre cordialmente a la Iglesia y viva el amor al prójimo en un compromiso comunitario y social. El catequista debe ser modelo de vida comunitaria...

Los cuatro niveles de identidad que hemos presentado deben entenderse de manera integral pues se compenetran en la unidad de la persona, en el único yo del catequista.

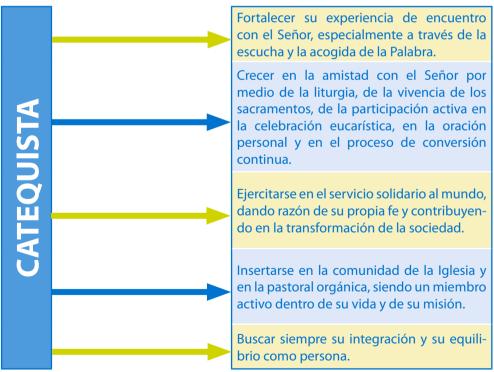
Con lo dicho hasta ahora podríamos apuntar algunos rasgos que configuran la identidad del categuista:

- Su ser es signo de que su tarea catequética está motivada por el llamado recibido y por el envío, como don divino.
- Desde su vocación cristiana se siente enviado por el Espíritu Santo para anunciar el Evangelio.
- Su acción pastoral se orienta a los niños, adolescentes, jóvenes y adultos con la finalidad de acompañarles en su formación integral, tomando como modelo el estilo de Jesús.



- Su acción no se queda en la sola exposición sino que se acerca a cada interlocutor, pues es el camino más adecuado para una verdadera educación de la fe.
- Educa en los valores por medio del testimonio personal y luego, a través del acompañamiento en la catequesis, familiariza al interlocutor con los valores humanos, sociales y cristianos.
- Su testimonio como catequista no se queda únicamente en la comunidad parroquial, sino que también trasciende en la familia, en la asociación de vecinos, en los trabajos, en el tiempo libre, etcétera.
- Todo esto no lo hace solo, sino desde la comunidad cristiana en donde vive, comparte la vida y celebra la fe. La comunidad es quien envía al catequista a realizar su misión.
- Aunque ser catequista es un don de Dios y su gracia está en nuestras vidas, ello no significa que se nos den las cosas hechas. Esto supone esfuerzo, superación, ascesis, tiempo de reflexión y oración, para que el Espíritu nos mueva, nos estimule, nos anime a realizar en plenitud nuestra vocación de catequistas con la seguridad de que así seremos felices y estaremos contribuyendo a la felicidad de los demás.

Para que el catequista fortalezca su identidad, son necesarias distintas acciones:







actuemos

- Formen cuatro equipos.
- ► El formador de catequistas asignará a cada equipo uno de los niveles de la identidad del catequista.
- El equipo dialogue sobre él y exprese qué caminos seguirán para fortalecerlos. Los anotan en un pliego de papel bond.
- Los compromisos serán utilizados en la celebración.



celebremos

Material

- Una mesa previamente preparada como altar.
- Biblia.
- Fotografías de interlocutores y de catequistas.
- Incensario, incienso y carbón.

Desarrollo

- Coloquen en el altar: la Biblia y las fotografías.
- Los catequistas distribúyanse en torno al altar.
- ▶ Algún catequista encienda el carbón y agreguen incienso.
- ▶ I ean la monición.

Monición

La Palabra que estamos llamados a anunciar está al centro de nuestro grupo, escuchemos atentos el mensaje que tiene hoy para cada uno de nosotros.

Proclamación de la Palabra: 2 Cor 2,14-16

Gracias sean dadas a Dios, que siempre nos hace triunfar en Cristo, y valiéndose de nosotros esparce en todo lugar la fragancia de su conocimiento. Porque nosotros somos para Dios el buen olor de Cristo, tanto entre los que se salvan, como entre los que se pierden: para estos, olor de muerte que lleva a la muerte; para aquellos, olor de vida que lleva a la vida. Y ¿quién es apto para semejante tarea?

Palabra de Dios



Reflexión

Hablando de su apostolado, san Pablo constata que ha recibido la sublime misión de esparcir por todas partes la fragancia de Cristo. En medio de un mundo corrompido por el hedor del pecado, contempla su acción evangelizadora como la difusión del buen olor del conocimiento de Cristo, cuyo nombre es ungüento derramado.

Nosotros somos el buen olor de Cristo. Nuestra misma vida transformada por Cristo es buen olor y debe resultar atrayente. El perfume que exhala de nuestro ser catequista remite a Cristo; puesto que hemos dejado que él viva en nosotros. En nuestra misión de predicar a Cristo, es esencial dejarnos configurar por su persona.

El anuncio del Evangelio es un acontecimiento dramático, a los que lo acogen les coloca en el camino de la salvación conduciéndolos a la vida eterna; pero a los que lo rechazan les pone en el camino de perdición, conduciéndolos al fracaso último y definitivo.

Presentación de compromisos

Uno a uno, los equipos pasen al frente y depositen los compromisos hechos en el **Actuemos** de este encuentro.

Oración

Para anunciar tu reino

Tú, Señor, que mostraste a los discípulos la necesidad del encuentro con Dios, tu Padre, única compañía que conduce todo, muéstranos cómo seguir tus pasos.

Ayúdanos a buscar momentos para el diálogo con el Padre. Enséñanos a percibir el aliento del Espíritu que sopla en nuestras vidas.

Guíanos al encuentro con la Palabra, para descubrir nuevos caminos y revelar la presencia de Dios en la vida y en la historia que vivimos.

Danos hambre y sed de tu Palabra, cimiento verdadero donde asentar nuestro proyecto de vida en el camino hacia el reino.

Despierta en nosotros el gusto por la escucha cotidiana de tu Palabra, para aprender a discernir tu voluntad y configurar nuestra vida, con tu vida de obediencia al Padre.



Ayúdanos a saber anunciar tu Reino y construirlo con nuestro testimonio de vida siendo auténticos testigos de tu amor y de tu Reino. Amén.



asimi lemos

▶ Realicen la siguiente actividad para complementar lo visto en este encuentro:

1. Según el tema, escribe los rasgos que identifican a un catequista	2. Consulta en los siguientes Documentos cuáles son los rasgos que identifican al catequista y escríbelos	3. Confronta tus respuestas con las de los Documentos y escribe una síntesis
	Directorio General para la Catequesis 230-231	
	Guía de Formación para los catequistas en México 8-9 y 14-16	
	Verbum Domini 94, 97-103 y 109	



Notas			

2 EL CATEQUISTA, PERSONA EN RELACIÓN

Objetivo: Ayudar a que el catequista descubra y viva su vocación esencial de ser persona en relación, para que se realice plenamente y sea canal de apoyo para sus interlocutores.



Crecer con otros

- ► El formador pregunta a los catequistas:
 - ¿Una persona puede sobrevivir sin el contacto con los otros? ¿Por qué?
 - ¿El ser humano puede ser feliz sin los demás? ¿Por qué?

La vida humana no se realiza por sí misma. Nuestra vida es una cuestión abierta, un proyecto incompleto, que es preciso seguir realizando.

Llama la atención que el ser humano necesite de los demás para ser feliz. Nadie puede hallar la felicidad en la soledad. Sin el otro, y sin el Otro por excelencia, el ser humano no puede realizarse verdaderamente como persona.

Parece muy contradictorio que la propia felicidad se encuentre en la comunión con otro y no en uno mismo, sobre todo en una época donde la opción por la autosuficiencia, por la independencia de los demás, por no amar a nadie para no sufrir, por el propio egoísmo, es la que rige las sociedades. Quienes siguen este camino, la mayoría de las veces, terminan frustrados y amargados en su búsqueda, y piensan equivocadamente que la felicidad en realidad no existe, que es una bella pero inalcanzable ilusión.



A imagen y semejanza

Entonces dijo Dios: "Hagamos a los seres humanos a nuestra imagen y semejanza, para que dominen sobre los peces del mar, las aves del cielo, los ganados, las bestias salvajes y los reptiles de la tierra". Y creó Dios a los seres humanos a su imagen; a imagen de Dios los creó; varón y mujer los creó. (Gn 1,26-27)



Esta semejanza demuestra que el hombre no puede encontrar su propia plenitud si no es en la entrega sincera de sí mismo a los demás (cf. Lc 17,33; DSI 43).

Nadie se crea a sí mismo. Es necesario reconocer que, a partir de nuestro nacimiento, necesitamos de los demás para subsistir y desarrollarnos. Más aún, sólo podremos alcanzar una realización auténticamente humana en la medida en que entremos en una dinámica de interacción interpersonal basada en:

- Recibir con agradecimiento todos los dones, incluido el de nuestro propio ser.
- Dar con generosidad, descubriendo la grandeza del amor.

La Trinidad, modelo de comunión

La revelación en Cristo del misterio de Dios como Amor trinitario está unida a la revelación de la vocación de la persona humana al amor. Esta revelación ilumina la dignidad y la libertad personal del hombre y de la mujer y la intrínseca sociabilidad humana en toda su profundidad: Ser persona a imagen y semejanza de Dios comporta existir en relación al otro yo, porque Dios mismo, uno y trino, es comunión del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo. (DSI 34)

En la comunión de amor que es Dios, en la que las tres Personas divinas se aman recíprocamente y son el Único Dios, la persona está llamada a descubrir el origen y la meta de su existencia y de la historia

Dios no ha creado al hombre como un ser solitario, sino que lo ha querido como un ser social (cf. Gn 1,27; 2, 18.20.23). Por es, para la persona la vida social no es algo accesorio, sino que deriva de una importante dimensión inherente a su naturaleza: la sociabilidad.

Dios creó al hombre no para vivir aisladamente, sino para formar sociedad. De la misma manera, Dios ha querido santificar y salvar a los hombres no separadamente, con exclusión de toda mutua relación, sino constituirlos en un pueblo que le reconociera en verdad y le sirviera santamente. Desde el comienzo de la historia de la salvación, Dios ha elegido a los hombres no solamente en cuanto individuos, sino también cuanto a miembros de una determinada comunidad. (GS 32)

El hombre ocupa un lugar único en la creación: en su propia naturaleza une el mundo espiritual y el mundo material; es creado hombre y mujer; Dios lo estableció en amistad con Él (cf. CEC 355-356). Por haber sido hecho a imagen de Dios, el ser humano es capaz de conocerse, de **poseerse y darse libremente y entrar en comunión con otras personas** (cf. CEC 357).

Esta natural sociabilidad se hace más patente a la luz de la fe, ya que existe una cierta semejanza entre la vida íntima de la Santísima Trinidad y la comunión (común-unión,



participación) que se debe instaurar entre los hombres: todos han sido igualmente redimidos por Cristo y están llamados al único y mismo fin.

La razón humana debe estar abierta a toda la humanidad, sin excluir a nadie, y debe caracterizarse por una plena gratuidad. En el prójimo, más que a un igual, encontramos la imagen viva de Dios, por quien es necesario estar dispuesto a darse hasta el extremo.

El ser humano sujeto relacional

Centrémonos en el siguiente razonamiento: Dios es Comunión y el hombre ha sido creado a imagen de Dios, entonces la comunión es un elemento constitutivo del ser humano.

Cuando santo Tomás de Aquino busca definir qué es la Persona Divina, termina diciendo que la Persona Divina es relación subsistente. Es decir, que la categoría relación es definitoria del ser-persona-divina. En consecuencia, no puede ser que la dimensión relacional del hombre, creado a imagen de Dios, sea una dimensión secundaria. Por eso podemos definir a la persona humana como sujeto relacional, y como tal no puede alcanzar su plenitud si no es en la comunión con los otros.

Vivir y crecer con y para los demás

La persona no sólo se forma en medio de una comunidad desde la propia familia y en el contexto comunitario al que pertenece, sino que también aprende las actitudes de convivencia en el respeto y aceptación de los demás. Más aún, es en relación con los demás que adquiere su madurez y su sentido.

El hombre, por tanto, está llamado a existir para los demás, a convertirse en un don en el servicio y el amor.

Por la Encarnación, Dios vino a nuestra historia, asumiendo él mismo todo lo humano y descubriéndonos que su Persona es camino, verdad y vida.

La vida de relación es, sin lugar a duda, el espejo en el cual nos descubrimos a nosotros mismos. Sin convivencia simplemente no es posible existir. Vivir es estar relacionado y estar relacionado es existir.

El primer paso en el camino hacia el autoconocimiento es hacernos conscientes de las distintas dimensiones que forman nuestra persona: el cuerpo, la mente, la afectividad y aquella realidad íntima en la que Dios acontece en nosotros y nos habita. Todas estas dimensiones vuelven a confluir en una dinámica de unificación y entrega que confirman la predisposición para el encuentro que nos configura como personas.

Los distintos campos de relación de la persona

a persona ha sido llamada a vivir en relación con los demás y debe procurar relacionarse armónica e integralmente en los siguientes campos:

 Relación con el mundo exterior: La primera forma de comunicación que el hombre vive es su contacto con las cosas. Esta comunicación la lleva a cabo por medio de los sentidos.



- **Relación con las personas**: El primer campo de relación de los niños es con las personas que conforman su familia. Este primer contacto lo realiza por medio del gesto y la palabra. A medida en que va ampliando sus círculos de relación, el ser humano va comprendiendo la necesidad que tiene de comunicarse y compartirse con aquellos que son diferentes a él en todo sentido.
- **Relación consigo mismo**: Cuando la persona adquiere una madurez psíquica inicial, se da una tercera forma de comunicación: la relación consigo mismo. Es el espacio donde entra en contacto, reflexiona y conversa con su "yo". Esto lo realiza por medio de la introspección.
- Relación con Dios: Creados a imagen y semejanza de Dios, necesitamos vivir la mutua entrega y acogida que viven las Personas divinas entre sí para llegar a ser verdaderamente felices. El camino concreto para vivir esto no es otro sino el que Jesucristo nos ha mostrado: el de la entrega a los demás, del amor que se hace don a sí mismo en el servicio a los hermanos y en la reverente acogida del otro.

Podemos encontrar una razón poderosa en la afirmación de santa Catalina de Siena: "En tu naturaleza, deidad eterna, conoceré mi naturaleza". El ser humano es un misterio para sí mismo, y "para conocer al hombre, al hombre verdadero, al hombre integral, es necesario conocer a Dios" (Pablo VI). Conocer el misterio de Dios, Comunión de Amor, es conocer mi origen, es comprender el misterio que soy yo mismo, es entender que yo he sido creado por Dios-Comunión de Amor como persona humana invitada a participar de la comunión de Personas que es Él mismo, invitada a participar de la misma felicidad que Dios vive en sí.

La persona humana es un ser que no puede realizarse sin estar en relación con los demás, es social por naturaleza y está orientada a establecer vínculos comunitarios en todos los niveles. Tampoco puede cancelar su apertura hacia la trascendencia, buscando establecer, con Aquel que le dé cumplimiento, una relación personal, porque es allí donde adquiere sentido pleno su existencia.

Hechos para amar

odo nuestro ser está hecho para entregarse a los demás, para amar, y ese amor sólo es posible si se está unificado, por eso es tan necesario conocer y cultivar la propia interioridad y aprender a establecer un diálogo fecundo y cotidiano con el Amor que nos habita.

Como enseñanzas para la vida concreta que brotan de la contemplación del misterio de la Trinidad creadora tenemos que ser persona en reverente apertura al otro. Los otros no son el infierno, como decía Sartre, sino que son invitación a plenificarme por la comunicación y el amoroso servicio.

Vivir el servicio como donación generosa a los demás es fundamental. Muchos creen que servir es rebajarse, que lo que hay que hacer es dominar, hacer que los demás nos sirvan, manipularlos y utilizarlos para alcanzar nuestros propósitos. Miremos a Cristo, nuestro maestro y modelo: él no ha venido a ser servido, sino a servir (cf. Mt 20,28).



La clave para ser amados es amar nosotros primero, y amar más, como decía san Pablo (cf. Rom 12,9-10; 13,8-10). De este modo, podemos construir la comunión en el Señor, y hacer que nuestras familias y comunidades sean cada vez más un reflejo de la comunión de amor que Dios vive en sí mismo. Ese testimonio urge en el mundo de hoy.



actuemos

Respondan, de manera personal:

- ¿Cómo es tu relación con el universo, con los demás, contigo mismo y con Dios?
- ¿Qué harás para cultivar estos cuatro campos de relación que vimos en el tema? Elabora un programa de vida.

Lean el siguiente texto:

La realidad que vivimos nos plantea grandes retos que nos llevan a entablar dos tipos de relaciones: primarias y secundarias.

Primarias: Son aquellas en las que se trata a la persona por la persona misma y no por la utilidad o servicios que recibimos de ella.

Secundarias: Son las relaciones que nos llevan a buscar a la persona por el servicio que nos pueda dar y el provecho que sacamos de ella, no tanto por ella misma.

- ▶ Hagan conciencia del tipo de relaciones que establecen con los demás.
- Con la ayuda del siguiente recuadro, elabora una lista de las personas con las que tienes relaciones primarias, trata de no incluir a familiares cercanos.
- Después anota las relaciones secundarias que desearías convertir en primarias, así como los motivos para tomar esa decisión,

Relaciones primarias	Relaciones secundarias	Motivos

C	ATEQ	UISTA	S
FORMACIÓN INICIAL	FORMACIÓN BÁSICA	FORMACIÓN ESPECÍFICA	FORMACIÓN PERMANENTE
1 Hacia el encuentro con Cristo	1 Conocer a Cristo	1 Catequistas de adultos	1 Evangelizar con la palabra y el testimonio
Z Iniciarse en el ministerio de la catequesis	2 Crecer en la Iglesia	2 Catequistas coordinadores	2 La Catechesi Tradendae. Guía para su estudio
	3 Vivir el apostolado	3 Catequistas formadores de catequistas	Los catequistas de México. Guía de formación
		Catequesis especial	Eucaristía 1. Reflexiones pastorales
		5 Catequistas de Iniciación cristiana con niños	Eucaristía 2. Reflexiones pastorales

